

“Toda esperanza o temor de que la novela experimental fuera una aberración del siglo XX quedan truncados por la aparición de *Casa de hojas*, de Mark Z. Danielewski, la primera gran novela experimental del nuevo milenio. Y es un monstruo. Deslumbrante.”

The Washington Post Book World

“Una gran novela. Un debut fenomenal. Emocionante y viva, sublime y espeluznante, angustiada y temible, inteligente de un modo sobrecogedor: hace que el resto de novelas resulten insignificantes. Cabe imaginar a Thomas Pynchon, J.G. Ballard, Stephen King y David Foster Wallace haciendo reverencias a los pies de Danielewski, ahogándose de asombro, sorpresa, risa y pavor.”

Bret Easton Ellis

“Una de las novelas más ambiciosas de nuestro tiempo. Entre la novela de aventuras y el ensayo, en la tradición del texto diseñado.”

La Vanguardia

“Danielewski ha sabido crear personajes de carne y hueso, de manera que lo fantástico se hace cotidiano y deviene duda en la mente del lector.”

El País

“Este libro diabólicamente brillante es imposible de pasar por alto, de dejar de leer o de terminar de forma convincente. De hecho, cuando compren su ejemplar es posible que lleguen a cierta página y me encuentren a mí en ella, reducido a una pura miniatura como Vincent Price en *La mosca*, todavía atrapado en la telaraña de sus hermosas y maliciosas páginas.”

Jonathan Lethem

“Una primera novela que es una hazaña. Puede hacer que no duermas por la noche y que nunca vuelvas a mirar un armario de la misma manera... Asombrosamente divertida.”

Chicago Sun-Times

“Un mosaico novelesco que se lee al mismo tiempo como un *thriller* y como una extraña excursión onírica al subconsciente.”

New York Times

“Una broma filosófica de alcance universal presentada tras el atractivo envoltorio de una novela de terror.”

Juan Francisco Ferré

“Te agarra y no te suelta... El lector avanza a toda velocidad por sus páginas mientras su mente vuela para descubrir qué va a pasar a continuación.”

The Village Voice

“Como *Moby Dick* de Melville, *Ulises* de Joyce, y *Pálido Fuego* de Nabokov (por citar únicamente las comparaciones más obvias), *Casa de hojas* de Danielewski es una obra multiestrato majestuosamente ambiciosa que lo deja a uno asombrado por su vasto alcance, su erudición, su creatividad formal y su puro talento narrativo.”

San Diego Union-Tribune

“Un libro intrincado, erudito y profundamente aterrador.”

The Wall Street Journal

“Erudito terror gótico.”

La Razón

MARK Z. DANIELEWSKI:

CASA DE HOJAS

de

Zampanò

con introducción y notas de

Johnny Truant

y traducida por

Javier Calvo

Segunda edición



Título original: *House of Leaves*

© Mark Z. Danielewski, 2000

Todos los derechos reservados,
incluidos los derechos de reproducción
total o parcial en cualquier formato.

© de la traducción: Javier Calvo

© 2013-21 Ediciones Alpha Decay, S.A. © 2013-21 Editorial Pálido Fuego, S.L.
Gran Vía Carles III, 94 - 08028 Barcelona Charlot, 13 - 29016 Málaga
www.alphadecay.org www.palidofuego.com

Novena edición (primera en este formato): noviembre de 2020

Maquetación: Robert Juan-Cantavella

Edición y revisión de la traducción: Ana S. Pareja y José Luis Amores
Revisión de la maqueta: René López Villamar
Corrección de primeras pruebas: Roser Ruiz
Redacción del texto en Braille: Cecilia Cocciarini

Ilustración de cubierta: José Luis Amores

Impreso en Gráficas La Paz

BIC: FA
ISBN: 978-84-121442-7-7
Depósito Legal: B 20836-2020

www.markzdanielewski.com

Esta novela es una obra de ficción. Cualquier referencia a personas reales, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios únicamente pretende darle a esa ficción un aire de realidad y autenticidad. El resto de nombres, personajes y episodios son o bien producto de la imaginación del autor o bien se usan de forma ficcionada, igual que aquellos acontecimientos y episodios ficticios que involucran a personas reales y que no han tenido lugar o bien están ambientados en el futuro.

(N. de los Ed.)

Nota sobre la presente edición

<u>A todo color</u>	<u>A dos colores</u>	<u>Blanco y negro</u>	<u>Incompleta</u>
<ul style="list-style-type: none">•La palabra casa en azul; minotauro y todos los pasajes tachados en rojo.•La única línea tachada del capítulo XXII aparece en violeta.•Xxxxxxx y láminas a color.	<ul style="list-style-type: none">•O bien casa aparece en azul o los pasajes tachados y la palabra minotauro aparecen en rojo.•No hay braille.•Láminas a color o en blanco y negro.	<ul style="list-style-type: none">•No se usa color ni para la palabra casa ni para minotauro ni los pasajes tachados.•No hay braille.•Láminas en blanco y negro.	<ul style="list-style-type: none">•No hay color.•No hay braille.•Pueden faltar elementos de las muestras, los apéndices o el índice.

Contenido

Prefacio	vii
Introducción	xi
<i>El expediente Navidson</i>	1
Muestras Uno a Seis	529
Apéndice: Zampanò	537
A – Esquemas y títulos de capítulos	538
B – Apuntes	541
C – ... y Fragmentos	548
D – Carta al editor.....	553
E – El Cantar de Quesada y Molino	555
F – Poemas	557
Apéndice II: Johnny Truant	567
A – Bocetos y polaroids	568
B – Los poemas de Pelicano	573
C – Collages	581
D – Necrológica	584
E – Las Cartas de la Institución Three Attic Whalestoe	586
F – Citas diversas	645
Apéndice III: Evidencia en contra	657
Índice	663
Créditos	707
Yggdrasil	709

PREFACIO

La primera edición de *Casa de hojas* se distribuyó de forma privada y no incluía el capítulo XXI, el apéndice II, el apéndice III ni el índice. Se ha hecho todo lo posible para obtener traducciones adecuadas y acreditar con precisión todas las fuentes. Si hemos fracasado en esta empresa, nos disculpamos por adelantado y estaremos encantados de corregir en posteriores impresiones todos los errores u omisiones que nos sean notificados.

Los Editores

Esto no es para ti.

Introducción

Todavía tengo pesadillas. De hecho, las tengo tan a menudo que ya debería haberme acostumbrado. Pero no. La verdad es que nadie se acostumbra a las pesadillas.

Durante una temporada probé todas las pastillas imaginables. Cualquier cosa con tal de refrenar el miedo. Excedrin PM, melatonina, L-Triptófano, Valium, Vicodin y bastantes miembros de la familia del barbital. Una lista bastante extensa, frecuentemente mezclada —y a menudo ahogada— con tragos cortos de bourbon, unas cuantas caladas a la pipa de agua de esas que te escuecen en los pulmones y a veces incluso el efímero subidón de confianza de la cocaína. Nada me sirvió. Creo que puedo dar por sentado sin miedo a equivocarme que todavía no existe ningún laboratorio lo bastante sofisticado como para sintetizar la clase de fármacos que yo necesito. Premio Nobel para el que invente a esa criatura.

Estoy agotado. Ya no me acuerdo de cuánto tiempo lleva persiguiéndome el sueño. Supongo que es inevitable. Pero por triste que sea, la perspectiva no me apetece nada. Digo que es “triste” porque hubo un tiempo en que sí me gustaba dormir. De hecho, dormía a todas horas. Pero eso fue antes de que mi amigo Lude me despertara una noche a las tres de la madrugada y me pidiera que fuera a verlo. Quién sabe, si yo no hubiera oído el teléfono esa noche, ¿no sería todo distinto ahora? Muchas veces me lo planteo.

En realidad, Lude ya me había hablado del viejo más o menos un mes antes de la noche funesta. (¿Es así? ¿Fue realmente funesta? ¿No sería más bien fatídica? ¿O acaso sí lo fue?) Yo había estado liado buscando apartamento como resultado de un pequeño encontronazo con cierto casero que una mañana se había despertado convencido de ser Charles de Gaulle. Su afirmación me dejó tan pasmado que antes de poder contenerme ya le había dicho que en mi humilde opinión no se parecía en nada a un aeropuerto, aunque la idea de que le aterrizara encima un 757 no me resultaba desagradable en absoluto. No tardé en ser desalojado. Podría haber presentado batalla, pero a fin de cuentas aquello era una casa de locos y me alegré de marcharme. Resultó que una semana más tarde Charles de Gaulle quemó el edificio hasta los cimientos. Y le contó a la policía que le había caído encima un 757.

Durante las semanas siguientes, que pasé durmiendo en los sofás de una serie de amigos entre Santa Mónica y Silverlake mientras buscaba apartamento, Lude me habló de un viejo que vivía en su edificio. El viejo en cuestión tenía

un apartamento en la planta baja que daba a un jardín grande invadido de maleza. Supuestamente, el viejo le había dicho a Lude que se iba a morir pronto. No le presté demasiada atención, aunque tampoco era exactamente la clase de comentario que se olvida sin más. Por entonces simplemente supuse que Lude me había tomado el pelo. A él le gusta exagerar. Al final encontré un estudio en Hollywood y volví a asentarme en mi rutina embrutecedora de aprendiz en un Salón de Tatuajes.

Corría el final de 1996. Las noches eran frías. Yo estaba intentando olvidar a una mujer llamada Clara English, que me había dicho que prefería salir con alguien que estuviera en lo alto de la cadena trófica. Visto lo visto, demostré mi devoción inquebrantable a su recuerdo enamorándome locamente de una stripper que llevaba el conejo Tambor tatuado justo debajo del tanga, a un par de dedos de su coño rasurado o, como a ella le gustaba llamarlo, del "lugar más feliz de la Tierra". Baste decir que Lude y yo nos pasamos las últimas horas del año solos, buscando más bares, caras nuevas, conduciendo temerariamente por los cañones, haciendo lo que pudimos para, a base de decir un montón de chorradas, quitarle su importancia al cielo de la madrugada. No lo conseguimos. Quitarle importancia, me refiero.

Y entonces se murió el viejo.

Por lo que tengo entendido ahora, era estadounidense. Sin embargo, tal como descubrí más tarde, quienes trabajaban con él solían notarle algo de acento, aunque nadie pudo distinguir con seguridad de dónde.

Se hacía llamar Zampanò. Era el nombre que constaba en su contrato de alquiler y en otros muchos fragmentos que encontré. Jamás di con ninguna clase de identificación, pasaporte, permiso de conducir o ningún otro documento oficial que sugiriera que, efectivamente, era una persona real de la que existía constancia.

Quién sabe de dónde venía realmente su nombre. Tal vez fuera auténtico, tal vez inventado, tal vez prestado, tal vez un nom de plume o —la expresión que a mí más me gusta— un nom de guerre.

Según Lude, Zampanò llevaba muchos años viviendo en el edificio, y aunque por lo general se mostraba bastante reservado, no había mañana ni tarde en que no saliera a pasear por el jardín, un lugar selvático donde las malas hierbas llegaban hasta la rodilla y que en aquella época estaba poblado por más de ochenta gatos callejeros. Al parecer, a los gatos les caía muy bien el viejo, y aunque él no les ofrecía incentivo alguno, ellos no paraban de frotarse contra sus piernas antes de salir disparados de vuelta a lo más profundo de aquel lugar polvoriento.

Pero en fin, Lude se había pasado toda la noche con una mujer a la que había conocido en su peluquería. Eran más de las siete cuando por fin llegó al jardín dando tumbos y, pese a la tremenda resaca, enseguida se dio cuenta de que faltaba algo. Lude llegaba a menudo a [casa](#) a aquellas horas tempranas y siempre se encontraba al viejo rodeando el

perímetro de las malas hierbas y descansando ocasionalmente en un banco azotado por el sol antes de darse otra vuelta. Una madre soltera que se levantaba todas las mañanas a las seis también se fijó en la ausencia de Zampanò. Ella se fue a trabajar y Lude se acostó, pero cuando empezó a anochecer y su viejo vecino siguió sin aparecer, tanto Lude como la madre soltera fueron a avisar a Flaze, el conserje de la finca, que vivía en el mismo edificio.

Flaze es de ascendencia hispana y samoana. Se podría decir que es un poco gigante. Metro noventa y cinco, ciento diez kilos y prácticamente nada de grasa. Si se acerca al edificio algún gamberro, algún yonqui, lo que sea, Flaze se les echa encima como un pitbull criado en un fumadero de crack. Y no penséis que confía ciegamente en el tamaño y la fuerza. Si los intrusos van armados, él les enseña su colección de armas y no se corta en desenfundar, en plan Billy el Niño. En cuanto Lude le transmitió sus sospechas sobre el viejo, sin embargo, allí no hubo ni rastro del pitbull ni de Billy el Niño. De pronto Flaze no encontraba las llaves. Empezó a balbucear que iba a llamar al dueño del edificio. Al cabo de veinte minutos, Lude estaba tan harto de oírlo farfullar que se ofreció a encargarse él mismo del asunto. Flaze encontró las llaves de inmediato y con una sonrisa enorme se las puso a Lude en la mano.

Más tarde Flaze me contó que nunca había visto un cadáver y que estaba claro que allí se iban a encontrar a un fiambre, y que él no tenía estómago para aquellas cosas. "Sabíamos lo que íbamos a encontrar —me dijo—. Sabíamos que el tipo iba a estar muerto."

La policía encontró a Zampanò tal como lo había encontrado Lude, tumbado boca abajo en el suelo. Los paramédicos dijeron que no había nada raro, que era lo más normal del mundo, el típico octogenario que cae redondo, el sistema se colapsa, las luces se apagan y ahí lo tienes, otro cuerpo en el suelo rodeado de cosas que ya no tienen valor para nadie salvo para el pobre que ya no se las puede llevar con él. Pese a todo, era mejor que la prostituta que habían visto ese mismo día. La habían descuartizado en una habitación de hotel y habían usado los pedazos para pintar de rojo las paredes y el techo. Comparado con aquello, lo del viejo resultaba casi agradable.

El levantamiento del cuerpo duró un buen rato. La policía estuvo yendo y viniendo mientras los paramédicos se ocupaban del cadáver, entre otras cosas para asegurarse de que el viejo estaba muerto de verdad; los vecinos y al final también Flaze asomaron la cabeza por el apartamento para curiosarse, asombrarse o simplemente rumiar sobre una escena que posiblemente algún día se parecería a su propio final. Cuando por fin todo hubo terminado, ya era muy tarde. Lude estaba a solas en el apartamento; ya se habían llevado el cadáver, los agentes se habían ido, y hasta Flaze, los vecinos y el resto del surtido de mirones se habían marchado.

No había ni un alma a la vista.

—Ochenta años, el cabrón, y solo en esa pocilga —me dijo más tarde Lude—. Yo no quiero terminar así. Sin mujer, sin hijos, sin nadie en el mundo. Ni un puto

amigo. —Debí de reírme, porque de pronto Lude se volvió hacia mí—. No te creas que ser joven y soltar ríos de lefa te garantiza nada. Mírate: trabajas en un Salón de Tatuajes y te enamoras de una stripper que se llama Tambor. —Y en una cosa estaba claro que tenía razón: Zampanò no tenía familia ni amigos y apenas le quedaba un centavo.

Al día siguiente el casero puso un aviso de abandono y una semana más tarde, tras declarar que todo el contenido del apartamento valía menos de trescientos dólares, llamó a una organización benéfica para que lo vaciara. Aquella fue la noche en que Lude hizo su espantoso descubrimiento, justo antes de que los chavales de la beneficencia o de donde fuera entraran en tromba con sus guantes y sus carretillas.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba profundamente dormido. Si hubiera sido cualquier otro, le habría colgado, pero Lude es lo bastante buen amigo como para que saliera a rastras de la cama a las tres de la mañana y me plantara en Franklin Avenue. Él me estaba esperando delante de la verja con un brillo travieso en los ojos.

Tendría que haberme largado en aquel mismo instante. Tendría que haber visto que algo se cocía, o por lo menos notar la atmósfera de trascendencia, en la hora que era, en la mirada de Lude, en todo, y joder, debo de ser retrasado para no haberme fijado en ninguna de aquellas señales. La forma en que las llaves de Lude sonaron como carillones de hueso cuando abrió la verja; el chirrido de los goznes, como si no estuviéramos entrando en un edificio abarrotado sino en una cripta vetusta y cubierta de musgo. O la forma en que nos adentramos sigilosamente por el pasillo frío y húmedo, envueltos en sombras, bajo unas lámparas como lentejuelas de luz que ahora juraría que debían de ser obra de unas arañas grises y primitivas. O lo que probablemente sea lo más importante de todo, la forma en que Lude se puso a hablarme en voz baja, a murmurarme unas cosas que entonces me la trajeron floja pero que ahora, ahora... En fin, mis noches serían mucho más cortas si no tuviera que acordarme de ellas.

¿Alguna vez os habéis recordado a vosotros mismos haciendo algo en el pasado y, da igual cuántas veces lo rememoreís, seguís teniendo ganas de gritar "¡alto!", de cambiar de alguna manera lo que hicisteis para reorganizar el presente? Pues yo ahora me siento así, mirando cómo me dejaba arrastrar como un idiota por la inercia, por la curiosidad o lo que fuera, aunque algo distinto debió de ser, no tengo ni idea de qué; tal vez nada, tal vez nada más que nada; toma combinación absurda de palabras: "nada más que nada", pero me gusta. Al fin y al cabo, da igual lo que fuera. Sea lo que sea que rige el camino de mi pasado, aquella noche fue lo bastante poderoso como para guiarme por entre toda aquella gente que dormía a resguardo de los vivos, a buen recaudo detrás de sus puertas macizas, hasta plantarme al final del pasillo, delante de la última puerta a la izquierda, una puerta normal y corriente, pero que era una puerta al mundo de los muertos.